

CIENCIA FICCION

SELECCION **27**



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

Presentación: *Ciencia ficción y humor*, Carlo Frabetti.

La jaula (The Cage), Bertram Chandler, 1957.

Amor S.A. (Love, Inc.), Robert Sheckley, 1956.

Harrison Bergeron (Harrison Bergeron), Kurt Vonnegut, Jr., 1961.

La noche muere (The Dying Night), Isaac Asimov, 1956.

Misión de rescate (Rescue Mission), Gordon R. Dickson, 1957.

Emily y los bardos sublimes (Emily and the Bards Sublime), Robert F. Young, 1956.

Una curiosa excursión de placer (A Curious Pleasure Excursion), Mark Twain, 1874.

Pliegue en el tiempo (Stitch in Time), John Wyndham, 1961.

El malentendido (Moonshine), Ruth Goldsmith, 1956.

PRESENTACIÓN

Ciencia ficción y humor

Se ha dicho a menudo que la ciencia ficción, con sus habituales visiones alarmantes del porvenir, se inscribe en la corriente del pesimismo crítico. Pero lo cierto es que, por lo general, la ciencia ficción no pretende llevar a cabo profecías agoreras (ni de ningún tipo), sino más bien señalar los peligros a que nos exponemos de persistir en determinadas actitudes, y en este sentido el adjetivo «alarmante» (en su acepción literal: que da la alarma) es mucho más adecuado que el de «pesimista».

Como género eminentemente especulativo, investigador, la ciencia ficción se topa necesaria y constantemente con las contradicciones de nuestra sociedad. Contradicciones que no sólo son alarmantes, sino a menudo también cómicas, o tragicómicas, si se prefiere, lo que explica que el humor rara vez se halle ausente de la ciencia ficción (al fin y al cabo, el humor es una técnica ofensivo-defensiva contra aquello que nos acosa y abrumba, y a menudo un excelente recurso crítico).

No sólo la ciencia ficción humorística propiamente dicha constituye una importante y sugestiva vertiente del género (como habrán podido comprobar los lectores de nuestra reciente antología Humor cósmico^[]), sino que, además, en numerosas narraciones no clasificables como estrictamente humorísticas juega el humor un papel importante.*

Con tal vez la única excepción de Pliegue en el tiempo, delicioso y patético relato del maestro Wyndham, todas las narraciones de esta selección participan del humor en mayor o menor grado. Desde relatos claramente humorísticos en cuanto a concepción y tratamiento, como Misión de rescate, El malentendido, o la breve pero jugosa aportación de Twain, hasta los sutilmente irónicos como Emily y los bardos sublimes, pasando por un sarcasmo casi cruel, como el de La jaula o Amor, S. A., el lector encontrará en las páginas siguientes los más diversos grados y tipos de humor. Aunque en algunos casos... tal vez tiemble después de haber leído.

CARLO FRABETTI

LA JAULA

Bertram Chandler

Dentro de una cierta línea de pesimismo crítico muy típica de la ciencia ficción, Chandler consigue con este relato un pequeño clásico: el viejo tema de la naturaleza de la inteligencia, o más bien de su «diagnóstico» (¿cómo descubrir si un ser completamente extraño es inteligente?, o, viceversa, ¿cómo demostraría un hombre a seres completamente extraños que es inteligente?), tiene sin duda en The Cage una de sus versiones definitivas.

El encarcelamiento siempre es una experiencia humillante, por mucha filosofía que tenga el preso. El encarcelamiento por otra persona de la misma raza ya es malo en sí, pero al menos el preso puede hablar con sus captores, logrando que le comprendan; incluso puede abogar por su causa.

El encarcelamiento es doblemente humillante cuando los aprehensores, con toda honestidad, le tratan a uno como a un animal inferior.

El grupo de la nave de reconocimiento tenía, quizá, una excusa al no considerar a los supervivientes del crucero interestelar *Lode Star* como seres racionales. Habían transcurrido al menos doscientos días desde su aterrizaje en el planeta sin nombre, aterrizaje forzoso cuando los generadores Ehrenhaft de la nave, funcionando muy por encima de su capacidad normal por culpa de un fallo del regulador electrónico, apartaron a la nave de su rumbo regular hacia una región inexplorada del espacio. La *Lode Star* aterrizó sin problemas, pero poco después (los males nunca vienen solos), su batería se descontroló y el comandante ordenó al contramaestre que evacuase a los pasajeros y a los miembros de la tripulación que no fuesen necesarios para reparar la avería, llevándoles a todos lo más lejos posible de la nave.

Hawkins y sus evacuados estaban ya muy lejos cuando se produjo el luminoso desprendimiento de energía, con una explosión poco violenta. Los supervivientes pretendieron volverse a contemplar el siniestro, pero Hawkins continuó obligándoles a caminar, mediante maldiciones y algu-

nos golpes. Por suerte, se habían alejado mucho de la nave y no sufrieron los efectos de la radiactividad.

Cuando los fuegos artificiales parecieron haber terminado, Hawkins, acompañado por el doctor Boyle, cirujano de la nave, volvió al lugar de la catástrofe. Los dos hombres, temerosos de la radiactividad, tomaron precauciones y permanecieron a prudente distancia del cráter, poco hondo y aún humeante, que señalaba el sitio donde había estado la nave. Resultó obvio para ellos que el comandante, junto con sus oficiales y técnicos, no eran ya más que una parte infinitesimal de la nube incandescente que había formado una seta sobre la penumbra inferior.

Después, los cincuenta y pico de hombres y mujeres, los supervivientes de la *Lode Star*, fueron degenerando. No fue un proceso rápido, puesto que Hawkins y Boyle, ayudados por un comité compuesto por los pasajeros más responsables, ofrecieron una fuerte resistencia a la degeneración, pero era una lucha sin esperanzas. El clima estaba en contra de ellos, para empezar. El calor era excesivo, siempre fluctuando alrededor de los 30 grados centígrados. Y había humedad: una llovizna caliente que caía de manera constante. El aire contenía abundantes esporas de hongos, que, si bien no atacaban la piel humana, sí se alimentaban con la materia orgánica muerta, con la ropa. También corroían, aunque en menor grado, los metales y las telas sintéticas que llevaban muchos de los naufragos.

El peligro, un peligro exterior, habría ayudado a mantener la moral. Pero allí no había animales peligrosos. Sólo unas criaturas de piel lisa, parecidas a ranas, que saltaban por entre la maleza y, en los numerosos riachuelos, unos animales acuáticos cuyos tamaños iban desde el del tiburón al del renacuajo, si bien todos poseían la belicosidad del primero.

La comida no fue problema después de las primeras horas de hambre. Los voluntarios probaron un hongo grande y succulento que crecía en las hojas de unos árboles seme-

jantes a helechos. Anunciaron que eran sabrosos. Al cabo de cinco horas, ninguno había muerto ni se quejaba de dolores abdominales. Aquellos hongos se convirtieron en la dieta única de los náufragos. Unas semanas más tarde encontraron otros hongos, así como moras y raíces, todos comestibles, que aportaron una variación muy bien recibida.

El fuego, a pesar del calor que todo lo invadía, era lo que más echaba de menos aquella gente. Con él habrían podido enriquecer su dieta atrapando y cociendo lo que parecían ranas del lluvioso bosque y los peces de los ríos. Algunos más valientes se comieron en crudo a esos animales, pero los demás miembros de la comunidad les miraron con el ceño fruncido. Además, el fuego habría ayudado a disipar la oscuridad de las largas noches, y la sensación de frío producida por las incesantes gotas de agua que caían de cada hoja, de cada rama.

Al huir de la nave, casi todos los supervivientes poseían encendedores de bolsillo, pero éstos se perdieron cuando los bolsillos, junto con toda la tela que les rodeaba, se desintegraron. De todos modos, los intentos de hacer fuego en los días en que aún poseían encendedores habían fracasado, pues, como masculló Hawkins, no existía un solo sitio seco en todo el maldito planeta. Ahora era imposible ya hacer fuego, puesto que aunque hubiese estado presente un experto en el arte de frotar dos palos secos, no habría encontrado material con que trabajar.

Construyeron un refugio permanente en la cresta de una loma. (Por lo que habían visto, no había montañas en el planeta.) Allí, el terreno estaba menos arbolado que en las llanuras circundantes, y el suelo no era tan pantanoso. Consiguieron cortar ramas de los supuestos helechos y fabricaron unas chozas muy toscas, más por gozar de cierta intimidad personal que por las escasas comodidades aportadas. Se aferraron con desesperación a las formas de gobierno del mundo que habían abandonado, eligiendo un consejo. Boyle, el cirujano, fue nombrado presidente. Hawkins, ante

su sorpresa, fue elegido miembro del consejo por una mayoría de sólo dos votos. Al meditar sobre ello comprendió que muchos náufragos todavía debían de estar enojados contra el personal de la nave por su situación actual.

La primera asamblea del consejo tuvo lugar en una choza, si así podía llamarse, construida con tal propósito. Los miembros del consejo se acuclillaron en círculo. Boyle, el presidente, se puso lentamente en pie. Hawkins sonrió torvamente al comparar la desnudez del médico con la pomposidad que parecía haber asumido con el rango adquirido, al comparar su dignidad con el aspecto andrajoso ofrecido por su cabello gris, sin cortar ni peinar, y su barba enmarañada.

—Damas y caballeros —empezó Boyle.

Hawkins contempló a su alrededor los cuerpos desnudos y pálidos, las cabelleras polvorientas, despeinadas, las uñas largas y sucias de los hombres, y los labios sin pintar de las mujeres.

«Supongo que yo —pensó— tampoco ofrezco el aspecto de un oficial, de un caballero.»

—Damas y caballeros —repitió el doctor Boyle—, hemos sido elegidos, como sabéis, para representar a la comunidad humana de este planeta. Sugiero que en esta primera asamblea discutamos nuestras posibilidades de sobrevivir, no como individuos, sino como raza...

—Me gustaría preguntar al señor Hawkins cuáles son las probabilidades de que nos rescaten —dijo uno de los dos miembros femeninos, una mujer seca, solterona, con las costillas y las vértebras muy visibles.

—Pocas —repuso Hawkins—. Como saben, no es posible la comunicación con otras naves ni con las estaciones planetarias mientras funciona el impulso interestelar. Cuando lo cerramos, dispuestos a aterrizar, mandamos una llamada de socorro..., pero sin poder fijar nuestra situación. Además, no sabemos si alguien recibió la llamada...

—Señorita Taylor —le interrumpió Boyle—, señor Hawkins, debo recordarles que yo soy el presidente electo de este consejo. Más tarde iniciaremos una discusión general. Como la mayoría de nosotros sabrá ya, la edad de este planeta, biológicamente hablando, corresponde más o menos a la de la Tierra en la era carbonífera. Como todos sabemos, no existe aún ninguna especie que pueda desafiar nuestra supremacía. Cuando surja esta especie, o sea, algo análogo a los lagartos gigantes de la era triásica de la Tierra, deberíamos ya estar firmemente establecidos...

—¡Estaremos muertos! —exclamó uno de los asistentes.

—Estaremos muertos —concedió el médico—, pero nuestros descendientes vivirán. Por tanto, hemos de decidir cómo podemos ofrecerles un comienzo lo mejor posible. Hemos de inculcarles un lenguaje...

—El lenguaje no importa, doctor —gritó la otra mujer miembro del consejo. Era una rubia delgada, de rostro duro—. Yo estoy aquí para tratar de la cuestión de la descendencia. Represento a las mujeres en edad de concebir, pues, como saben, somos quince. Todas las chicas han sido hasta ahora muy, pero que muy cuidadosas. Y tenemos razón para serlo. ¿Puede usted, como médico, garantizar (considerando que no tenemos medicinas ni instrumentos) unos partos seguros? ¿Puede garantizar que nuestros hijos vivirán?

Boyle dejó de lado su pomposidad como un traje raído.

—Seré sincero. No tenemos, como usted ha dicho, señorita Hart, ni medicinas ni instrumentos. Pero puedo asegurarle, señorita Hart, que las posibilidades de un parto seguro son mucho mejores que las existentes en la Tierra en, digamos, el siglo XVIII. Y le diré por qué. En este planeta, por lo que sabemos (y llevamos ya el tiempo suficiente para conocer todos sus problemas), no existen microorganismos nocivos para el hombre. De haber existido, los cuerpos de todos los supervivientes serían, en este momento, unas masas de supuración. Naturalmente, la mayoría ya habría

muerto hace mucho de septicemia. Y creo que esto contesta a sus *dos* preguntas.

—Todavía no he terminado —exclamó ella—. Hay algo más. Entre hombres y mujeres somos cincuenta y tres. Hay diez parejas casadas... de modo que no las contaremos. Esto deja a treinta y tres personas, de las cuales veinte son hombres. Veinte hombres y trece mujeres (¿verdad que siempre tenemos mala suerte las mujeres?). No todas somos jóvenes... pero somos mujeres. ¿Qué clase de matrimonio estableceremos? ¿Monógamo? ¿Poliándrico?

—Monógamo, claro —opinó con sequedad un individuo alto y delgado.

Era el único de los presentes que estaba vestido... o algo por el estilo. Las ramas formaban como un taparrabos desde su cintura, con un cinto hecho de tallo de enredadera, aunque tal prenda apenas servía para su propósito.

—De acuerdo —asintió la señorita Hart—. Monógamo. Yo también lo prefiero. Pero les advierto que de esta manera habrá conflictos. Y en todo asesinato pasional o por celos, la víctima suele ser la mujer... y en ciertas ocasiones, el hombre. Y esto no interesa.

—Entonces —quiso saber el doctor Boyle—, ¿qué propone usted?

—Esto, doctor. Cuando se trate del apareamiento, hemos de prescindir del amor. Si dos hombres quieren casarse con la misma mujer, que luchen. El mejor se llevará a la chica... y la conservará consigo.

—Selección natural —murmuró Boyle—. Me gusta. Propongo que se ponga a votación.

En la cumbre de la loma había una depresión superficial, un coso natural. En torno al reborde se sentaron los náufra-gos... menos cuatro de ellos. Uno de éstos era el doctor Boyle, que había descubierto que sus deberes de presidente comportaban el de árbitro. Habían sostenido que él po-

dría juzgar mejor cuándo uno de los contendientes estaba a punto de sufrir lesiones permanentes. Otro de los cuatro era la señorita Hart. Había encontrado una ramita aserrada con la que se peinaba el cabello, y también había confeccionado una guirnalda de flores amarillas para el vencedor.

¿Sería, se preguntó Hawkins al sentarse con los miembros del consejo, un encuentro de acuerdo con las ceremonias nupciales de la Tierra, o retrocederían a algo mucho más antiguo y oscurantista?

—Lástima que esos malditos mohos hayan destruido nuestros relojes —se quejó el hombre sentado a la derecha de Hawkins—. De haberlos tenido, podríamos cronometrar los asaltos, organizando un combate perfecto.

Hawkins asintió. Contempló a los cuatro que estaban en el coso: la mujer altanera, bárbara; el pomposo anciano, los dos jóvenes barbudos de cuerpos blancos y relucientes. Los conocía bien a ambos: Fennet había sido cadete mayor de la desdichada *Lode Star*, y Clemens, al menos siete años mayor que Fennet, era un pasajero, prospector de los mundos de la frontera.

—Si pudiéramos apostar algo —continuó el otro— yo lo haría por Clemens. Ese cadete no tiene la menor probabilidad. Le entrenaron para luchar limpio... y Clemens sabe luchar sucio.

—Fennet está en mejores condiciones físicas —replicó Hawkins—. Se ha ejercitado, mientras que Clemens se ha limitado a comer y dormir. ¡Fíjese en su panza!

—No hay nada malo en un cuerpo gordo, sano y musculoso —objetó su interlocutor, acariciándose su propia barriga.

—¡Nada de atacar a los ojos, nada de mordiscos! —advirtió el cirujano—. ¡Y que venza el mejor!

Retrocedió, apartándose de los luchadores, colocándose junto a la mujer.

Los dos antagonistas se contemplaron un poco cohibidos, con los puños colgando a sus costados. Ambos pare-

cían lamentar que las cosas hubiesen llegado a tal punto.

—¡Adelante! —gritó al fin Mary Hart—. ¿No me queréis? ¡Aquí viviréis muchos años... y sería horrible sin una mujer!

—Mary, siempre podrán esperar hasta que tus hijas sean mayores —se oyó la voz de una de sus amigas.

—¡Si las tengo alguna vez! —respondió Mary—. ¡A este paso nunca las tendré!

—¡Adelante! —rugió la multitud—. ¡Adelante!

Fennet esbozó un ataque. Avanzó con desconfianza y alargó el puño derecho hacia el rostro descubierto de Clemens. No fue un golpe fuerte, pero debió resultar doloroso, porque Clemens se llevó una mano a la nariz, la retiró y miró la sangre que la manchaba. Gruñó, y se precipitó hacia adelante con los brazos abiertos, para abrazar y aplastar a su contrincante. El cadete saltó hacia atrás, amagando dos veces más con la derecha.

—¿Por qué no le pega? —preguntó el vecino de Hawkins.

—¿Para romperse los huesos de los dedos? —sonrió Hawkins—. No llevan guantes...

Fennet decidió plantar cara. Se mantuvo firme, con los pies ligeramente separados, y volvió a poner en movimiento su derecha. Esta vez no apuntó al rostro de su contrario, sino al vientre. Hawkins se sorprendió al ver que el prospector aceptaba los golpes con aparente ecuanimidad. Debía de ser mucho más resistente de lo que parecía.

El cadete se hizo a un lado con presteza... y resbaló en la húmeda hierba. Clemens cayó pesadamente sobre su rival; Hawkins oyó el ¡uffff! cuando el aire salió de los pulmones del joven. Los gruesos brazos del prospector le rodearon... y la rodilla de Fennet subió con malas intenciones hacia la ingle de Clemens. El prospector chilló, pero no soltó su presa. Tenía una de sus manos en tomo a la garganta de Fennet, y la otra, con los dedos engarfiados, apuntando a los ojos del cadete.

—¡Nada de sacar los ojos! —gritó Boyle—. ¡Nada de sacar los ojos!

Se dejó caer de rodillas y asió con aunabas manos la gruesa muñeca de Clemens.

Algo obligó a Hawkins a levantar la vista. Se trataba de un sonido, aunque era dudoso. Los espectadores se estaban comportando como los fanáticos de un encuentro de boxeo. Pero no se les podía reprochar... ya que era la primera situación excitante a la que asistían desde la pérdida de la nave. Pudo ser un sonido lo que hizo que Hawkins levantase la mirada, pudo ser el sexto sentido que poseían todos los astronautas. Lo que vio le hizo chillar.

Planeando sobre el coso se hallaba un helicóptero. Había algo extraño en su forma, una rareza sutil, que le dio a entender a Hawkins que no era un aparato terrestre. De pronto, de su vientre liso y brillante cayó una red de un metal opaco. La red envolvió a los dos contendientes del suelo y atrapó a Boyle y a Mary Hart.

Hawkins volvió a gritar..., un simple alarido. Se puso en pie y corrió para ayudar a sus atrapados compañeros. La red parecía viva. Se enredó sola en torno a las muñecas y tobillos del ex contramaestre. Otros náufragos se dispusieron a ayudarle.

—¡Apártense! —gritó él—. ¡Dispérsense!

El zumbido del helicóptero aumentó estridentemente. El aparato se elevó. En un tiempo increíblemente breve, el coso fue a los ojos de Hawkins sólo un platillo verde pálido en el que correteaban alocadamente unas hormigas. Luego, la máquina voladora subió más, atravesó la base de las nubes bajas, y Hawkins ya sólo distinguió una infinita blanca.

Cuando por fin descendió, Hawkins no se sorprendió al divisar la torre plateada de una enorme nave espacial que estaba entre los arbustos de una meseta nivelada.